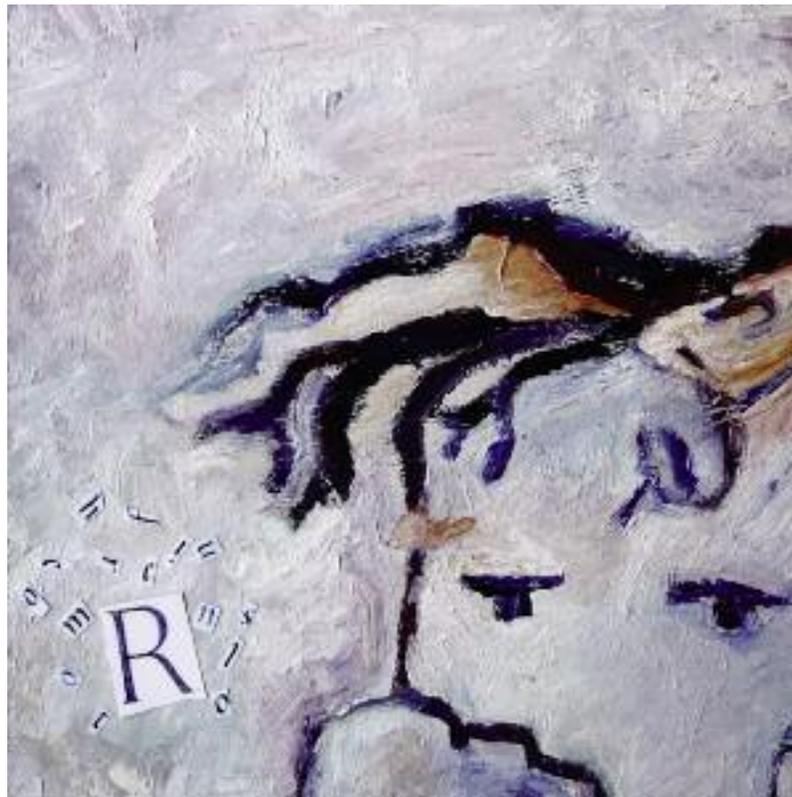


De tres gavillas, brazado... Apuntes y remedos de una cotidianidad inasible

Ignacio Fernández de Mata
Universidad de Burgos.



Cuando nace nuestro castellanito —él aún no sabe que lo es— lo hace en una casa fría de base pétrea y alturas de adobe con entramado. Lo hace en la cocina, en la segunda planta, sobre el zaguán y las cuadras. Es enero y el frío más que apretar, muerde; así que Tía Eufemia, la partera, ha buscado para la madre y el vástago el amor de la única lumbre de la vivienda. Allí, sobre un colchón de lana, paren en cuclillas a nuestro castellanito usando la vieja de todas las artes que conoce para venir al mundo: saca su sobada estampa de San Ramón, invoca a los Domingos de Guzmán y Silos, palpa y presiona, empuja la barriga y tira con maña del crío que asoma. Es la tía quien corta el cordón y limpia mucosidades y coágulos; luego hace soplar a la madre una aceitera hasta caer rendida y así expulsar las excusas. El castellanito berrea para tranquilidad de todos y la vieja alcanza a la madre un vaso colmado de vino. No brindan, que bien podrían; la tía sabe que esto funciona con las hembras paridas. Ahora es el turno del calostro para el mamón; luego tomará la madre el agua panada y el caldo gallino.

El padre, con el trance superado, parece tranquilo. Feliz... sería mucho decir. Al menos queda aquí la Tere. Ya es su quinto parto y si éste se logra serán tres bocas sucesorias que alimentar. Peor está su hermano, viudo con dos chiquillos, teniendo que buscar otra mujer que quiera cargar con lo ajeno...

A la tarde-noche se acercan las vecinas y preparan algo de caldo para la Tere. Sencio cena la gallina hervida. Al otro día, la Tere, con un pañuelo anudado fuerte al vientre, ya trastea por los dos dormitorios y la sala que junto a la cocina central componen el piso de vivienda. Nuestro castellanito mama con ganas y no parece importarle que se refieran a él como morito.

La vida en el pueblo no se detiene un instante; el suceso queda en mitad de tareas y esfuerzos... Acaso mereció alguna atención por acontecer en este inhábil enero, pero poco más. Para Sencio y Tere se jugó el frágil equilibrio de una vida matrimonial que, a estas alturas, entiende poco de afectos y descansa en que cada uno juegue su papel. La vida es trabajo y sortear sus sombras: una mala coza que manque, una caída que lise, un corte que se

infecte, pestes, parásitos, ahogamientos, enfermedades sin cura, cosechas perdidas, ganado maldecido... Todo lo cual, dicen algunos, está de Dios que ocurra.

A la noche, en el velador, esta vez en casa del Cachopa, las tejedoras hablan lo suyo, lo del parto y lo demás. Los hombres hablan de plagas, de la tos del toro o de las borregas del Zósimo, que no pasarán de abril. Unas coplillas viejas y algunos cuentos verdonchos ponen fin a la reunión: *¿Para qué quiere el cura / perro de caza, / si el conejo que busca / le tiene en casa?...*



Anna Ancher. "La chica en la cocina". C. 1883-1886.

El grueso de los trabajos queda detenido entre el cabo y este comienzo de año. La última tarea de cierto empaque ha sido la matanza del chon, y ésa enmascara sus exigencias en el aire de fiesta y la ale-

gría de quien cobra por adelantado. Hasta febrero mediado, con sus podas y aireos de viñas, hay poco trabajo que hacer: astillas para la lumbre, enmangar algún apero, azolar unas cebillas, unas abarcas o unas cucharas de boj. Las que no andan preñadas tienen mucho que hilar, devanar y tejer, amén de todo lo demás de la casa, no poco de la cuadra y, cuando toque, lo mayor del huerto. Los chiquillos se reparten entre un tiempo de fiesta y de escuela, ésta tan breve como escasa. Y juegan con pequeños carros de bueyes, y tabas y bolos y moñas confeccionadas de tela o caprichos de una patata con aire de homúnculo.

A los seis días llevan a bautizar a nuestro castellanito-moro. Sencio pide al Tío Ulaña y a su mujer que sean los padrinos. Hace tiempo que les echa una mano en lo que le piden y se entienden bien en estos tratos. No tienen hijos y el cálculo de Sencio es oportuno: el castellanito recibirá algunas prendas y regalos, puede que el primer traje corto y quién sabe qué más si la voluntad viene trabajada por el afecto. El progenitor gana un compadre de respeto en el pueblo y aunque esto en nada cambie su vida, consolida y refuerza sus relaciones e intereses en la comunidad. Por la mañana, con la obligada capa, Sencio busca a los padrinos en su casa y los lleva a la propia donde la madrina viste al crío con el faldón de cristianar. De allí parte una comitiva encapada a la gélida iglesia portando la madrina al morito mientras la *impura* madre queda en casa a la espera de su misa de parida. El cura, ya que no hay preferencias, propone Sabas, Ulaña mira a Sencio que dice que vale, y así nombran al pequeño berreador. El preste recibe el pan y la vela de sus derechos y al salir al atrio ya vocifera la chiquillería con el *padrino roñoso*. Vuelan los confites del Tío para regocijo de infantes y vanse a casa de nuevo en comitiva.

Entrando en la habitación, la madrina entrega a Sabas a la madre, avisándole que lo devuelve cristiano. Pasan las mujeres con su enhorabuena y alguna le lleva a la Tere una gallina o chocolate que la entone y, tal vez, alguna cosilla para el infante.

Cristiano, implica empezar a ser... ¡Que no tiene alcances lo de morito! Con nombre y la cintura enmarcada con los dijés protectores —evangelios, gota de leche, pezuña de la bestia e higa de azabache—, a Sabas no le queda otra que luchar por vivir, mal que le pese al mal de ojo, al Coco, al sacamantecas o al hombre del saco, a la postre menos molestos que tanta liendre, pulga o garrapata.

Los haberes son escasos: el pegujal de pan llevar recibido del difunto padre, las viñas, el trozo que



Francisco de Goya y Lucientes.
"Niños inflando una vejiga". 1777-1778.

llevó la Tere y la tierrona que le arrienda su compadre Ulaña. Carro más, carro menos, con eso han tirado de siempre las familias de la Vieja Castilla, y ya por medios lícitos, ya descaminados, las casas, según regla no escrita, andan en torno a las cuatro o cinco personas, ratio ajustada a la producción y supervivencia. Los sobrantes, a la emigración, la religión o la guerra, buenos engullidores de bocas hambrientas.

Pasa el tiempo y con las trojes del guardillón aún bien mediadas y la matanza curada, al nuestro Sabas le parece oír voces bajando por la calle. Parece una ronda, pero afinando desde la gamella que le sirve de cuna alcanza a oír una cantinela que berrea con voz infantil: *somos niños pedigüeños que pedimos sin cesar / nos den chorizo y tocino y huevos para merendar*. Llegan carnestolendas, Jueves de Todos... colaciones de los críos y los mozos, agitación en las calles, un bullicio distinto a tantos días de silencio y nieve. *Al gallo se le ha acabado el dormir con las gallinas*, cantarán las mozas montando el lío; y la vaca romera regocijará a la chiquillería gritona. El pueblo se sacude los ocios excesivos del invierno, la tensión de soportarse demasiado cerca, la acumulación de decires y callares, de envidias y enconamientos, de desconfianzas e inquina. El carnaval baña y purifica tanta retención maligna y libera los cuerpos desatando su desinhibición y furia. Mucho decir es esto, mas al final la subversión aparente del orden no es sino la renovación de su continuidad, exaltación del vivo ante tanta necesidad y muerte acechadora.



José Gutiérrez Solana. "Máscaras". 1938.

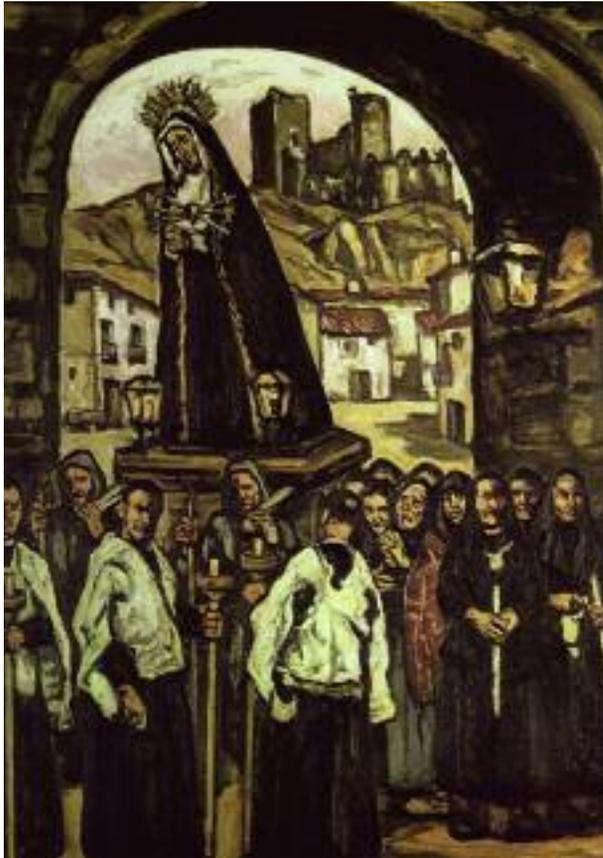
Todo eso no es más que un espejismo; la reconducción de todo llega con los rezos cuaresmales, el cada uno a lo suyo y en su sitio, las metáforas vegetales tan adecuadas en los albores primaverales del morir para vivir —y vivir para morir—.

Entre el pezón y el cunacho, a Sabas-castellaniño se le escurre el calendario sin sentir. Allá se van las marzas, cantos oscuros de un tiempo en el que el año moría y nacía con la naturaleza, y con el que los mozos ejercen control sobre las doncellas del pueblo, simbólicas receptoras de la potencia de aquel mes/dios dedicado a la fertilidad.

Casi inmediatamente llegan las procesiones y oficios con cristos, vírgenes, ángeles y santos tratando de hacer soportable las suertes; que den, si no sentido, al menos asideros frente a la desespe-

ranza. Y se celebra la pasión y la muerte de un Cristo que no ve recompensa a su lucha y sufrimiento, el dolor de la madre que pierde al hijo —*a María las entrañas se la parten de dolor*, reza el canto—, el desconcierto de los crédulos, la fragilidad del mismo Dios. Muerte, dolor y culpa, esas son las alforjas. Con esta urdimbre ha tejido la Iglesia el tapiz de los sentidos, el beneficio constante —diezmos, primicias, ofrendas, bulas, simonías...—, y el control del tiempo mediante sacralización del calendario y sus labores. Quedan la caridad y apoyo al necesitado..., pero la compasión y humanidad en el mundo rural descansa más en la comunidad que en la institución.

En fin, rueda que rueda, hay que preparar los campos para lo porvenir. Se abre época de preparar barbechos, pero más de segundas siembras. A



José Gutiérrez Solana. "La procesión". 1943-1945.

voleo caen las distintas simientes sobre las tierras aireadas... y a mirar al cielo. O a recordarle qué se espera: y se moja la cruz, pasea la parroquia a Sanmarcos, Sanisidro, la Virgen o al Cristo implorando una exigencia vital: *¡danos el agua, Señor! / Danos el agua, Señor, / aunque no lo merezcamos / que si por merecer fuera / ni la tierra que pisamos.*

Quienes llegan faltos de grano por mal año anterior acuden a la parroquia en demanda de unas fanegas del Arca de Misericordia que fundara aquel potente don Baldomero, y que reciben en préstamo sin usura.

El pueblo entero se despereza y encoge mirando al horizonte. Cada atardecer es oteado a la espera de un amanecer benigno; cada airecillo, cada nube, la cantidad de rocío... Nada escapa a la observación de quienes sólo tienen el auxilio de los santos ciruelos y se saben en manos de un destino, un *fatum*, que se impone desde la aplastante lógica de ser conocido sólo tras suceder. Toda acción preventiva, propiciatoria, rogatoria..., adquiere un aire de tremendo desvalimiento e impotencia.

Padre es rudo. No es que sea violento, más bien es callado y taciturno. Sabas irá aprendiendo su trato grave de la misma manera que lo hace con las tareas del campo: por nacer en ellas. En el hogar ya ha visto cómo su voz escasa resulta intimidatoria y algo bronca, pero también que la falda de madre es amplia en afectos. Su primera lección campera la toma siendo prácticamente un bulto: el castellanito acompaña a la Tere a la escarda, fajado y ceñido, junto a sus dos hermanitos, éstos ya duchos en la expurga, adormeciendo a Sabas con el vaivén y sonsonete del *todo lo cría la tierra*.

Brotan cruces y mayos mientras granan cebadas y amoríos, mes de cuerpos envascados, de lino florido... Desde ahora hasta pasado San Juan es tiempo de cortejos, con sus rondas y enramadas nocturnas, de grescas de quintos machitos aún sin atemperar por su sargento. Es fácil que al salir al portal alguna moza encuentre el senderuelo —la empajada— de su puerta a la del pretendiente... Lo que se encaja —se hablan—, se avisa. Simbolismos y evidencias de los tanteos de una juventud en su camino hacia la plenitud vital. *Ayer te metí / la porra por la gatera; / castellanica del Duero, / porra adentro o porra afuera.*

Sencio da la segunda vuelta al barbecho y comienza a preparar las eras y aperos. Las casas se desperezan por entero, la actividad externa supera ya a las horas de portal que recogieron el invierno. Se acerca el Corpus balconero y el correr entre máscaras y botargas. Mientras, algunas muelas y más piedras trabajan para tener a punto los útiles de esquila: hase de aligerar al ovino de sus lanas encrespadas y las manos duchas y endurecidas recorren con los tijerones el cuerpo del borrego tumbado. Hay mucho que hacer a partir de los vellones —carda, hilado...—, pero eso vendrá luego, y lo harán manos más pequeñas. Ahora se trata de preparar a los bichos para los calores, sin olvidarse de rociar con el moreno los pinchazos y cortes que las tijeras les dejan en sus carnes llegaderas.

El boyero empieza a pasar noches al raso y a recibir al amanecer las visitas de los adberos —no han de pasar las bestias los márgenes de los sembrados en su marcha a los pastos—. El ganado ovino lleva sus propias rutinas y aireos, con su pastor de cuarenta duros al año, encargado de la vigilancia y movimiento del rebaño, al que suma algunas cabras. Además de lo que recibe, el rabadán tiene algunos derechos sobre crías segundas, estiércol y lana. En ocasiones le acompaña de zagal un sobrino, ducho en tirar piedras y en comerle las tajadas.

Del mercado de los miércoles, trae la Tere sardinas que a gritos piden brasa y humo. Una vez comidas y peleadas las raspas por los mininos, apura Sencio el último vaso de churrillo y desmenuza la Tere a los críos el cuento del lobo y la zorra:

Iba una vez un sardinero vendiendo sardinas por un camino con su burro y sus canastas de sardinas. Y en el camino se encontró con una zorra que se había hecho la muerta. El sardinero la dio una patada y, creyendo que estaba muerta, la echó a la carga.

La zorra, cuando se vio entre las sardinas, empezó a tirarlas de las canastas. Y ya de que tiró las suficientes, pegó un salto del burro al suelo. Empezó a coger las sardinas, coger las sardinas, hasta que las cogió todas. Y se subió a un alto a comérselas.

Cuando las estaba comiendo, llegó un lobo y la dijo:

-Zorrita, dame una sardinita.

-Vete tú a pescarlas como yo he ido— dijo la zorra.

-Enséñame e iremos a ver— dijo el lobo.

Entonces la zorra cogió una cesta, se la ató al rabo del lobo y se fueron los dos al río. Cuando llegaron allí, la zorra llenó la cesta de piedras y tiró al lobo al río.

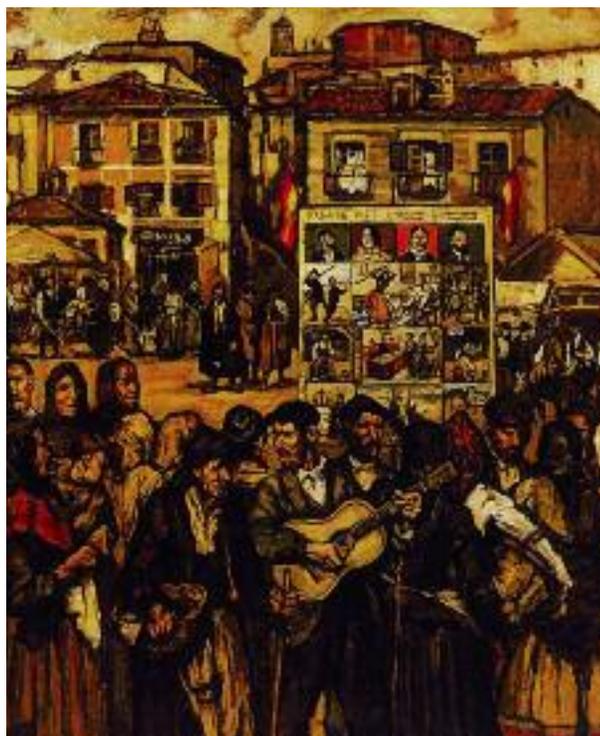
Y la zorra le decía:

¡Apenca, apenca, que sale pesca!

Y el lobo tiraba que tiraba, hasta que se le partió el rabo.

La zorra echó a correr para que no la pillara el lobo y, cuando corría, vio que venía en busca de ella el sardinero. Tuvo que correr al monte y esconderse para que no la buscaran.

Asentados desde mayo los calores, las cañas del cereal han crecido poco más de dos cuartas y las espigas están ya a reventar. El aire se llena de olor a trigo maduro y no hay tiempo que perder. Se repasan hoces, horcas y garios, las tornaderas, apavaderas, bieldos, sacos, lenzuelos, costales y cordeles. De la reparación de los trillos se encargan los de Cantalejo, puntuales todos los años. Sin olvidar el último corte a las eras o la revisión del carro. Bendecidos o no los campos, hay que cosechar a destajo, en esto no puede haber melindres. Quien puede coge agosteros en las ferias cercanas, lo más usual entre los del pueblo de otros años. Sencio determina por dónde empezar y en casa se preparan los pañuelos y güitos que les han de acompañar para el resto del verano. A las cuatro de la madrugada está la familia ya en la tierra, los hombres segando, el resto agavillando y haciendo morenas. Los niños traen agua, espantan los bichos del macho, y espigarán al final de todo. Contracturados, doloridos..., los cuerpos adultos hacen la penitencia del año entre calambres, fatigas y el polvo duro y querencioso del sudor. Más de un



José Gutiérrez Solana. "El cartel del crimen".C. 1920.

dedo ajeno a las zoquetas ha caído con las espigas, y los antebrazos contrarios muestran los toques de la hoz. El año entero depende de estos días frenéticos, que terminan con el acarreo: los carros convertidos en rodantes montañas vegetales camino de las eras de suave cantar. Cuántas veces, sentida la nube, encomendaron viñas y cereal a la Virgen mascullando entre dientes *si eres piedra vete allá...*

Aventadas las parvas —*aire, San Pantalión, que tengo trillao*—, el pueblo estalla de contento. Graneros y trojes llenos, pajares rebosantes, y el ganado aún afuera, engordando... La contemplación de un momento así en los largos atardeceres de la caída del verano solo puede reconciliar a un hombre con el mundo y pensar calmadamente en las nieves por llegar.

Este es el tiempo de hacer la fiesta y agradecer a Dios o la Patrona los buenos frutos recibidos esta vez.

Se hacen las coladas en las casas, todo se airea y el pueblo se llena de ollas bien surtidas, galas rescatadas del fondo de los arcones, y el bullicio de las campanas enardeciendo a críos y a mozos. Ocho de septiembre, llega a la ermita la gaita, que aquí es pito o dulzaina, y marchan los pies tras los pasacalles y bailes mientras se trasiegan los porroncillos



Julio del Val Colomé. "El bocadillo". 1915.

entre coplas picantes y chuscas. Novillos y mozos engolfados se enviscan embravecidos con finales sangrientos. Funciona una vez más el pacto de olvido de los maltratos del verano ya hecho, la vigilancia de la casa y mies ajena, el mascullar rencores resobados. Renace el pueblo en una función colectiva que articula en torno a la Patrona, rostro de rostros, renovación del pacto de comunidad.

El resto es un lento caer: meter la paja, derrota de las mieses, estercolar, secar la legumbre, sacar las patatas, recoger la fruta, la arada lenta de los bueyes y la sementera hecha a voleo. Cierra el tiempo de labores la vendimia, uvas de pisada familiar que alcanzan cántaras para varias villas y hasta alegrar a media ciudad de Burgos.

Esa noche aún tibia y grillera anuncia la Tere, rueca en mano: se casa la Juana. Sencio enarca levemente las cejas un instante y al momento asiente cuando su mujer acaba la frase: ...con el de la casona. La lógica se impone con rotundidad, no es sólo

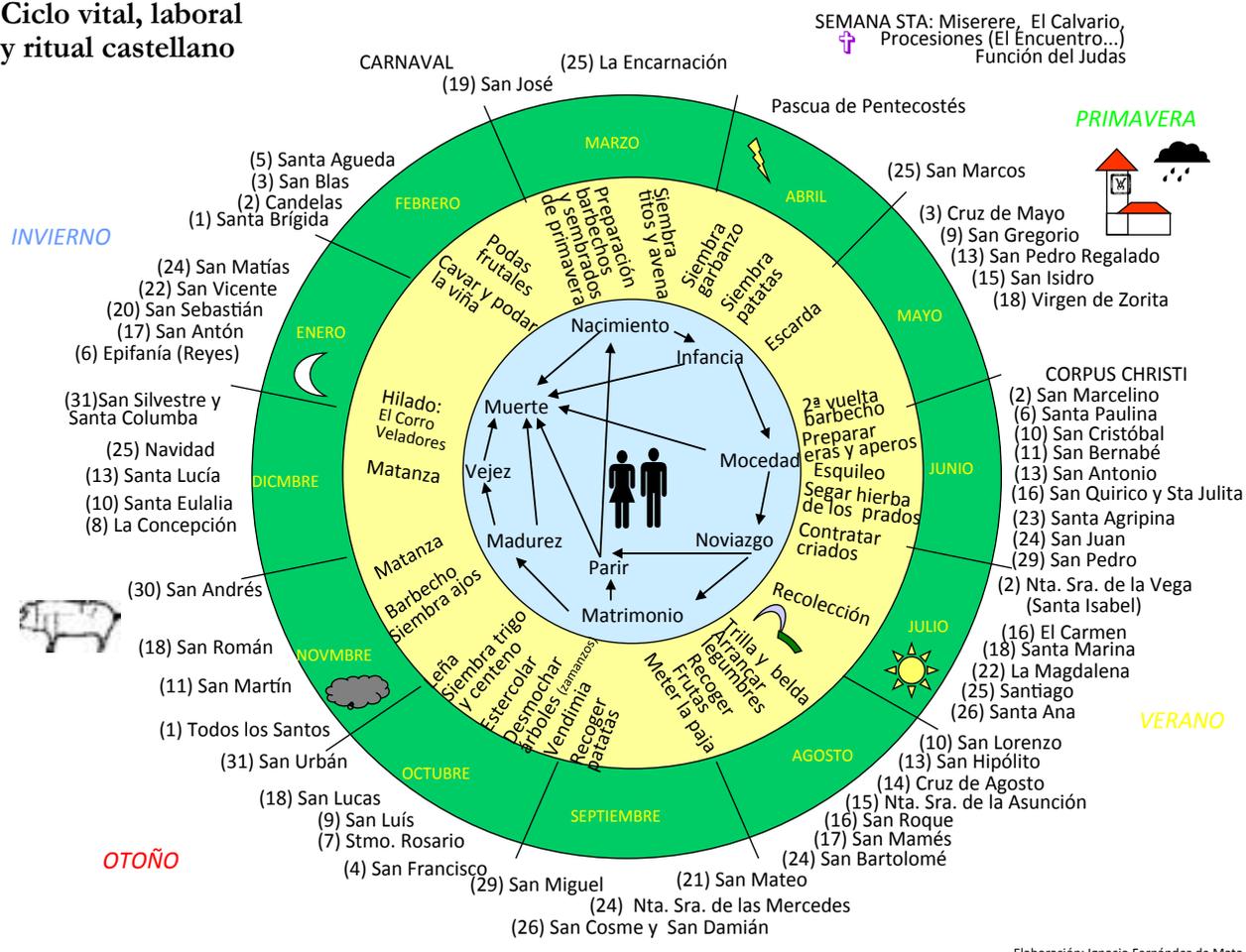
que muere octubre y entra noviembre, el mejor mes para bodas, dicen marzas, *que el vino vale barato y las machorras están gordas*, es que el ciclo económico familiar se ha cumplido uno año más. Es el momento de atender las razones personales, de conjugar deseos y destinos.

La boda movilizará a los mozos porque el novio "es de fuera" —escasa tres leguas— y, desde luego, habrá de pagar el piso o rebollo. Anda el mocerío caliente después de que el viejo Leandro desposara a una moza, lo que trajo por dos días tremenda cencerrada con desfiles burlescos, chascarrillos y tonadas subidas en buenas algaradas nocturnas. La afrenta procedía de los posibles con los que el viejo hurón venía tanta distancia. Competencia desleal que descabala el ya ajustado mercado matrimonial local. Esta vez, el mozo es bien conocido y no se lleva mal con los del pueblo, pero la costumbre es la costumbre y al fin y al cabo a la Juana se la lleva: pagará sus buenas azumbres en riego de unas liebres oportunas. Aun así, le cantan: *Ay galán que te la llevas / bien vestida y bien calzada, / trátala como mujer, / no la trates como esclava. / Sabiendo que la llevas / al otro lado del puente, / no la des agua de río, / que ella bebe de la fuente. / Sabiendo que te la llevas / al otro lado del río, / no la des pan de centeno, / que ella lo come de trigo.*

El enlace está bien visto por los padres de la chica. Andrés es un muchacho de bienes, y sus padres, además de una casa con huerto anexo en el pueblo de él, han puesto tierras labrantías, la pareja y las preceptivas galas de la novia. La Juana llevará la cama, piezas de ajuar, algunas cabezas de lanar y cabrío y una viña en concepto de dote.

Del zaguán de la novia parte la comitiva tras escuchar arrodillados la bendición del padre: *en este portal barrido / barrido sobre mojado, / sos echan la bendición / los padres que te han criado*. Recibidos y casados en el atrio de Santa María, Sabas percibe en brazos de su madre el jolgorio contenido que le rodea. Luego, la misa, las monedas y panes que el cura cosecha y el ruido de los mozos acompañando a los novios a su primer desayuno marital. Más tarde desfilan cónyuges y mocerío hasta el almuerzo de buenas ovejas regadas con abundante churri-

Ciclo vital, laboral y ritual castellano



Ignacio Fernández de Mata. Ciclo vital y laboral castellano.

llo, donde al acabar alguna entona *qué bien parece esa mesa...* No se librarán de cenar con los más inmediatos, ni de las mil perrerías que les han preparado para su noche de casados.

Ser casado es cosa seria, que mucho es lo que se juega en torno a este rito tan personal como colectivo: estatus social, supervivencia y éxito económico para los dos tercios de vida siguientes; puede que hasta la felicidad. “Casado es como hay que estar”, sentencia don Paco, callando lo que está entendido: es el estado de plenitud social del sujeto. A las claras: sólo el casado es vecino con todos los derechos. De ahí que los viejos insistan en que lo importante no es ni la belleza ni la gracia y sí la firmeza en el trabajo, la seriedad en los tratos, la austeridad en el gasto. La conjunción matrimonial es un cálculo arriesgado por los imprevisibles que

lo rodean, pero su sentido está bien ajustado en su suma de tareas, absoluta complementariedad económica y resolución afectiva.

Vivir va siendo esto, en lo que ha nacido Sabas, a lo que se ha de sumar y, se cree, continuar. Morir, sin voluntad o prisas para ello, también es parte de esta historia.

Llegado noviembre, el tiempo exige tener encendida la cocina lo más del día. Con la penumbra temprana de la tarde, la Tere, mientras acomoda los trastes, cuenta al castellanito que tiene dos angelitos en el cielo que rezan por él. Sabas agita sus bracitos regordetes de mamón pidiendo que le cambien los paños sucios. Mientras le muda, el castellanito oye por vez primera de sus dos hermanitos muertos. Santiago fue el primer hijo de la pareja, gordo, bien moreno. Era el orgullo de Sencio.

Tenía dos meses cuando una noche la Tere fue a darle el pecho y el crío no despertó. Así, sin un mal llanto se fue el bendito. Le enterraron en un cajón que preparó el tío Jesús, con las campanas repique-teando el *bien vas*. Todo el pueblo estuvo en el funeral, algunos les dieron *la enborabuena* por tener ya una silla en el cielo. Marcela, la segunda, murió de unas fiebres con dos añitos. Alguna vecina decía que la habían aojado... Echaron mano de todo lo que estuvo a su alcance. Sencio fue con la mula a por la vieja partera pero no se pudo hacer nada. La Marcelita murió después de tres días de mucha fiebre, sudores, y bisbiseos de viejas con sus rosarios. La enterraron con un faldoncito blanco y flores en el regazo. Esos son los angelitos de esta casa, dice La Tere, cerrando ahí el cuento y colocando de nuevo al infante en su cunacho. Ella sabe que en algunas miradas sordas de Sencio a los críos se cue-lan las sombras de Santiago y Marcelita, nunca más mentados por su padre.

Aquella noche, los mozos hacen guardia con la campana activa hasta el amanecer recordando a los fieles difuntos. Por la mañana, el pueblo entero engalanado acude a la misa. Después, velas y paños adornarán las tumbas entre *kyries* y *pronobis*.

La muerte es y no es el final. Aun sepultado, no vale cualquier ubicación, menos su abandono. Los difuntos se avvicinan, viven con el resto y forman la parte penumbrosa de una sociedad que se quiere suma de antiguos y nuevos. Muertos que velan y protegen arriba y en su purga —*Ánimas benditas que Dios las saque de penas y las lleve a descansar*, y no olviden la gracia que pedimos—. Son tantas las sombras que acompañan el devenir de cada familia...

En las cuestiones funerarias, además de los deudos y de la amortajadora, intervienen los cofrades de la Vera Cruz o de la Misericordia, que saben un día serán también beneficiarios de luces durante el viático, del acompañamiento en la agonía, de la caja y las andas, de las cruces, las oraciones, las misas de difuntos y cabo de año, de los hachones en la parroquia. La cofradía recorre las calles del pueblo en solemne procesión las tardes de noviembre puesto ya el sol. Van en silencio, vistiendo sus capas pardas o negras, agitando campanillas y con el ritmo marcado por una grave tambora.

El invierno trae de nuevo el corro, las visitas nocturnas rotadas para, con unos porroncillos, pasar un rato juntos y hacer más llevadero el tiempo. Cantares, chanzas, romances y decires son los preferidos de toda reunión. Martín, el cojo, sátrio y zapatero, no se hace de rogar y se suelta:

Cuentan que las brujas se reunían los sábados por la noche en el prado de las susodichas. Salían montadas en una escoba; se untaban los cuerpos con ungüentos.

Y una noche, cuando estaban bailando las brujas alrededor del diablo, pasó por allí un zapatero, y se acercó a ver lo que hacían. Entonces las brujas le cogieron de la mano y lo obligaron a que bailara con ellas.

Pero como todas, de cuando en cuando, le daban al diablo un beso en el rabo, el zapatero no quería besarle, y se le ocurrió sacar una lezna que llevaba en el bolsillo, y, disimuladamente, en vez de besarle, le pinchó con la lezna en el culo.

Y entonces el diablo, al sentir la pinchada, le dijo:

-Oye tío, pasa y no beses, que tienes las barbas ásperas.



Francisco de Goya y Lucientes. "Vuelo del Brujas". 1797.

Con el cambio estacional, ulule o no la lechuza, parece que más viejos parten con los primeros des-temples. El tío Pedro, que murió hace una semana y tuvo dos días de larga agonía, recibió la visita de

toda la comunidad. Será por devoción, morbo o afecto, pero a este morir no falta nadie y la casa se agolpa de gente que quiere presenciar los últimos momentos del moribundo y la comprobación definitiva con el espejito y la vela. Sabas no vio esto último pero sí oyó los clamores de las campanas, llegándose con la Tere hasta la casa donde le asomaron a la habitación con el tío Pedro puesto en el suelo sobre una sábana, con su traje de paño oscuro y un crucifijo en las manos, rodeado de cuatro hachones. En la contigua, el aguardiente y anís corría entre comentarios que ha rato ya habían perdido su gravedad inicial. A la tarde marchó toda la comitiva tras las andas, con sus varias posas para rezos y recambio de porteadores hasta el atrio de la iglesia donde se ofició el responso, luego la misa, y, tras clavar la tapa, al hoyo. Después, unos a consolar a los deudos y el resto a hacer astillas o cebar al ganado.

POSTFACIO Y LICENCIA.

Son tantas cosas... ¡Imposible llegar a la totalidad de estas vidas, hoy humo de viejos! Veceras, obligaciones concejiles, oficios, tareas y saberes, devociones, rezos, festejos, cantares, usos, decires... Un pequeño universo local trascendido por señores, administraciones, sequías, hambres, invasiones... Son muchos los que, con tanta autarquía y poca moneda, erróneamente lo entendieron aislado.

Pero el mundo en el que ha nacido Sabas va camino de su desarticulación y cambio. Pocos se han apercibido de ello. Las transformaciones que han ido sucediendo en este sistema han sido lentas

y graduales durante siglos. Pero este cántaro ya ha hecho muchos viajes. Como carcoma constante, la Modernidad, tacaña y desperfiladora en sus apariciones y ocultamientos, ha traído nuevas condiciones: migraciones masivas, guerras que llegan para quedarse, trabajos mejor pagados, comodidades desconocidas, consumismo... Y, con todo ello, el debilitamiento de la culpabilidad, el despegue de otras sensibilidades y lo que conllevará construir una nación...

Se vaciarán los campos para engordar las ciudades, y ¿hemos de considerar malo ese vivir? Más adelante, los descendientes de Sabas, a pocas cuentas que echen, marcharán a trabajar fuera. Llevarán siempre un duro en el bolso a diferencia de su padre y abuelos, y, también a diferencia de aquellos, descansará los fines de semana y otras fiestas de guardar. Tampoco tendrán que ocultar si piensan esto o aquello o a quién, finalmente, votarán. Descubrirá su castellanidad como paradoja y contraste, o más bien porque se la echaron en cara, llevándola encima con mayor resignación que orgullo. A estas alturas sabe el retataranieta de sobra quién es y de dónde se fue en busca de un mejor vivir como para caer en la trampa de inventadas nostalgias. La vinculación sentimental con el pueblo existirá siempre —uno no necesita que le enseñen a querer lo propio—, y durante un tiempo tratará de mantener las tierras de pan llevar hasta que las ceda a un primo que quedó en el pueblo y que con algo de maquinaria lleva casi la mitad del terrazgo del término. Volverá por la Patrona y otras fiestas; por verano, con los críos. Los tiempos pasados ya no han de volver. Y, si se me permite, no importa: siempre ha sido así. Importa vivir, mirar en torno y al frente... Y entenderlo en cada momento.

BIBLIOGRAFÍA:

Alonso Ponga, J. L. 1992. *Tradiciones y costumbres de Castilla y León*. Valladolid: Castilla Ediciones.

Alonso Ponga, J. L. 2006. “Cultura tradicional burgalesa: las fiestas”. En *Historia de Burgos IV. Edad contemporánea (3)*. Burgos: Caja de Burgos. Págs. 219-279.

Caro Baroja, J. 1984. *Del viejo folklore castellano (páginas sueltas)*. Valladolid: Ámbito.

Caro Baroja, J. 1992. *El carnaval. Análisis histórico cultural*. Barcelona: Círculo de Lectores.

Caro Baroja, J. 1992. *La estación de Amor. Fiestas populares de mayo a San Juan*. Barcelona: Círculo de Lectores.

Caro Baroja, J. 1992. *El Estío festivo. Fiestas populares del verano*. Barcelona: Círculo de Lectores.

Del Val Valdivielso, M. I. 2009. “Río y vida urbana en la Castilla del siglo XV”. En *Biblioteca 24 Estudio e investigación: El Duero oriental en la Edad Media: Historia, Arte y Patrimonio*. Aranda de Duero. Págs. 47-62

Espinosa, A. M. 1991. *Cuentos populares de España*. Madrid: Espasa-Calpe.

Espinosa, A. M. (hijo). 1987. *Cuentos populares de Castilla y León (Tomo I)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Fernández de Mata, I. 1997. *De la vida, del amor y la muerte. Burgos y su provincia en la encuesta del Ateneo de Madrid (1901-1902)*. Burgos: Berceo.

Fernández de Mata, I. (Coord.). 2009. *La cultura tradicional en la sociedad del siglo XXI*. Burgos: Instituto Municipal de Cultura/Ayuntamiento de Burgos.

Fernández de Mata, I. *Reflexiones en torno al ciclo vital castellano*. En prensa.

Fernández de Mata, I - Estébanez Gil, J. C. 2006. *Estampa de Burgos. Artículos de Eduardo de Ontañón en la revista Estampa. (1928-1936)*. Burgos: Instituto Municipal de Cultura/Ayuntamiento de Burgos – Diputación Provincial de Burgos.

García Fernández, M. 2011. “Lujos y penurias populares: enseres cotidianos y cultura material en la Castilla del Quinientos”. En *Biblioteca 26 Estudio e investigación: El siglo XVI en la Ribera del Duero oriental. Arte, historia y patrimonio*. Aranda de Duero. Págs.25-47.

Hergueta y Martín, D. 1989. *Folklore Burgalés*. Burgos: Diputación Provincial de Burgos.

Manzano Alonso, M. 2003. *Cancionero popular de Burgos. V Canciones del ciclo anual y ritual*. Salamanca: Diputación Provincial de Burgos.

Martín Criado, A. 1999. “Antiguas creencias populares. Parte II”. En *Revista de Folklore*, 217. Págs. 12-22.

Martín Criado, A. 2008. “Lo erótico y lo obsceno en la tradición oral”. En *Revista de Folklore*, 333. Págs. 75-85.

Olmeda, F. 1976. *Folklore de Castilla. Cancionero popular de Burgos*. Burgos: Aldecoa.

Sobaler Seco, M. A. 2004. “Aranda y los arandinos en la Castilla del Barroco”. En *Biblioteca 19 Estudio e investigación: Dueros del Barroco*. Aranda de Duero. Págs. 7-36.